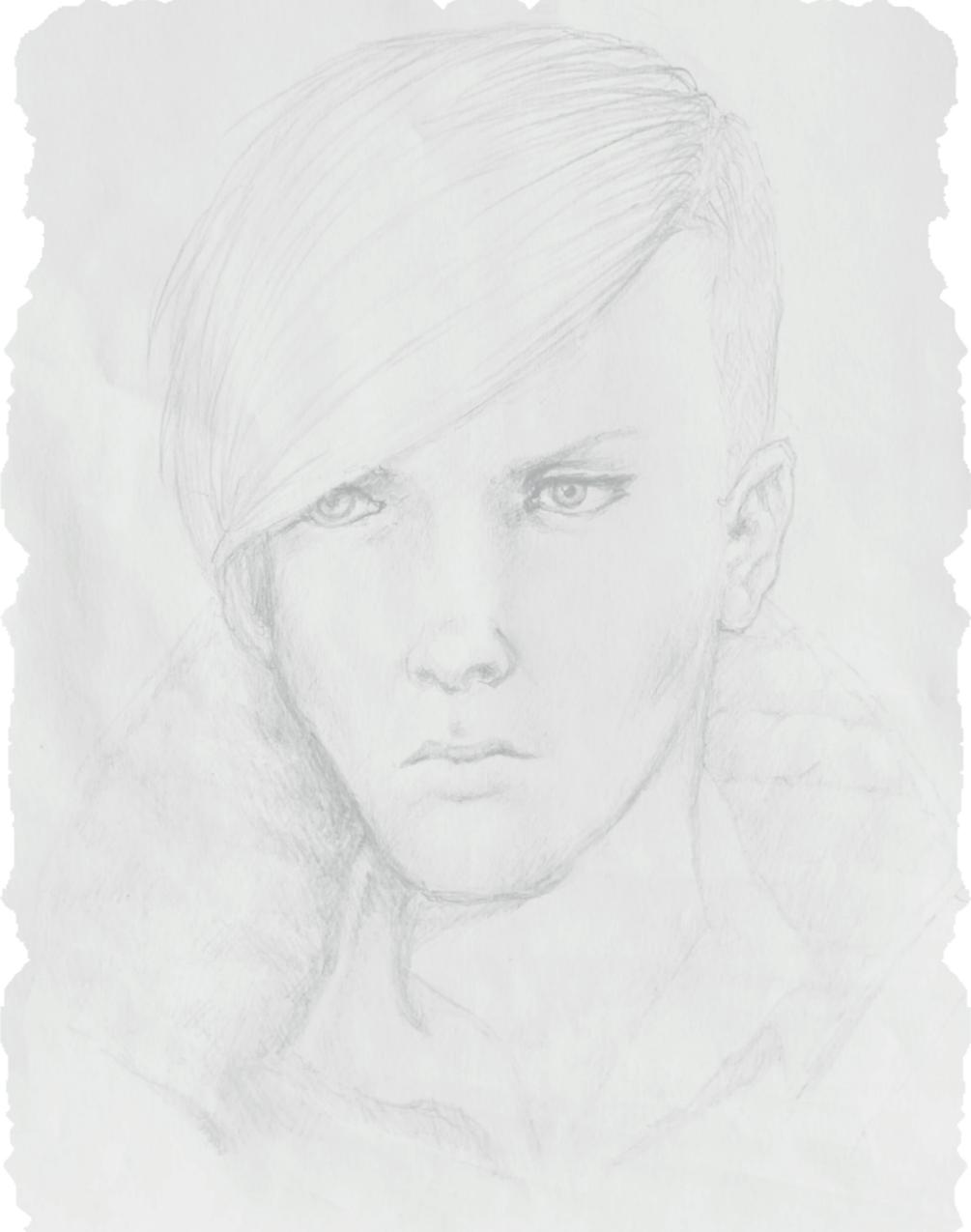


*Muchos vivos merecerían la muerte,
y algunos que mueren merecen la vida.*

¿Podrías dársela tú?

*No seas ligero a la hora
de adjudicar muerte o juicio,
ni los más sabios
pueden discernir esos extremos.*

John Ronald Reuel Tolkien



PRÓLOGO

Alys Jaeger avanzó despacio. Llevaba el brazo izquierdo laxo. La punta de la espada goteaba sangre todavía fresca.

Plip.

Plip.

Plip...

—Bien... Alys. Has llegado al fondo del asunto. Reconozco que he de felicitarte —la mujer pelirroja bajó despacio los escalones de acceso al altar, las manos entrelazadas en el bajo vientre, aparentando serenidad—. Vamos, terminemos con esto. Haz lo que tengas que hacer de una vez.

—Desde luego que voy a hacerlo, no te quepa duda, ramera —Alys sorbió por la nariz y se pasó el reverso de la mano por el rostro para retirar la sangre y el agua de la lluvia—. Pero antes quiero que me cuentes por qué. ¿Qué agravio tan terrible cometimos para que emprendierais semejante cacería? ¿Cuán horribles somos los asaru para que decidierais propiciar la casi total aniquilación de una estirpe tan ancestral? Sólo quiero la verdad.

—La verdad... —la abadesa irguió la cabeza y soltó un sonoro suspiro—. La verdad es demasiado compleja de contar. Baste con decirte que era algo necesario dada vuestra vertiente destructora. Todas las razas o estirpes de este mundo tarde o temprano terminan extinguiéndose, sólo es cuestión de tiempo, pero, en este caso... vuestro orgulloso abolengo debía desaparecer antes.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Aún no lo entiendes? Porque nos hubierais llevado a todos inexorablemente a la perdición.

Alys permaneció callada, la cabeza gacha, la mirada fija en el suelo. Los nudillos de su mano apretando el puño de la espada se tornaron blancos.

—Alys, aún no tienes la menor idea de lo que es capaz un asaru.

—¿Yo qué? ¿Por qué sigo con vida? ¿Por qué yo?

—Creí que podría ocultar tu verdadera ascendencia — bajó la mirada y se miró la cicatriz de la flecha que le había

atravesado la mano hacía ya diecisiete años. Se la agarró con la otra y comenzó a frotársela pasando el pulgar por su irregular superficie, reflexiva, contemplativa—. Creí que podrías pasar desapercibida y ser una chica más.

—¡Bruja...! —soltó entre dientes—. Debería quemarte viva ante la mirada de tu perverso dios.

—¡Escúchame! —la abadesa bajó la mirada—. Yo te tuve en mi regazo, envuelta en mantas, con la sangre aún fresca del vientre de tu madre. Rompiste a llorar como un bebé destetado en cuanto pasaste de los brazos de aquel hombre a los míos, como si vaticinaras lo que iba a pasar —y enfatizando—: Fue la compasión la que detuvo mi daga. ¡Fueron tus berridos los que hicieron que me apiadara de ti!

Alys se aproximó muy despacio al pequeño altar de la ermita. Un nuevo relámpago iluminó el interior, iba acompañado de un ensordecedor rayo, como si la tormenta se aproximara, furiosa, quizá atraída por ella misma. Tal vez por la fuerza del caos que bullía incontrolable en su interior. Crecía y crecía. Era imposible de detener. Sólo veía destrucción. Destrucción girando a velocidad vertiginosa en medio de una vorágine carmesí.

La abadesa comenzó a retroceder al contemplar su rostro, al ver cómo las retinas grises tornaron a negras y comenzaron a expandirse invadiéndole los ojos. Tropezó con el primer escalón y quedó sentada sobre el frío mármol con los ojos muy abiertos, asustados, como si con la mano sobre el vientre pudiera protegerse del afilado acero de aquel despiadado monstruo que se encubría sobre ella.

Al observar su gesto, Alys recordó las palabras escritas en la carta. Sintió asco.

—Una chica más... —murmuró entre dientes, la voz disonante—. Eso es, una chica más a la que ofrecer en sacrificio en la adolescencia... y de la que obtener el poder de su sangre única. Zorra pervertida. ¿Quién ejecuta las órdenes?

—Ja, ja, ja, ja —cacareó sarcásticamente, buscando la provocación—. Mírate, eres sólo una arrogante niña.

—¿Quiénes? —Alys sacó un pequeño frasco del interior de su gabán.

—Estás a punto de romper un antiguo tratado de inmunidad, niña —la miró a los oscuros ojos. Supo que no iba a detenerse—. Eso es, hazlo ya de una vez, acaba conmigo. ¡Hazlo de una vez! Puedes estar tranquila. Pero ellos te encontrarán y, entonces, sólo entonces, desearás fervorosamente que mi daga hubiera finalizado su trabajo.

—Nadie es inmune —Alys vació el contenido del frasco sobre la cabeza de la abadesa ignorando su amenaza—. Que así sea.

De forma súbita un siseo fracturó el majestuoso silencio de la ermita. Un fuerte olor acre inundó la estancia, y la abadesa rompió en desgarradores gritos, agarrándose la cara en un intento inútil de detener el ácido que le derretía la piel y le fundía los ojos. Pataleaba, se convulsionaba, se debatía entre berridos terribles y un agónico llanto.

Alys la observaba con expresión de indiferencia, aún con el frasco de ácido en la mano. Por algún motivo que desconocía, un impulso que iba en contra de su voluntad, decidió darse la vuelta y salir de allí.

—¡Espera! —chilló con voz gorgoteante la abadesa. Alys se detuvo. Ladeó la cabeza hacia atrás—. ¡Acaba con mi miseria! ¡No me dejes así! ¡Maldita puta! ¡No puedes dejarme así!

Casi sintió pena al contemplar la horrible deformación que estaba sufriendo aquel bonito rostro. Alzó la espada. El acero rieló reflejando un nuevo rayo azul, intenso como el odio que llevaba dentro. Demasiado odio que necesitaba apaciguar de alguna forma. Y justo cuando se disponía a ejecutar el golpe que liberaría gran parte de ese odio, la palabra equilibrio golpeó su mente. Sabía de alguna manera que terminaría destruyéndose a sí misma. Que aquellas cicatrices, una a una, destruirían su conciencia. Necesitaba encontrar aquel equilibrio del que le habían hablado Destino y Atla. Exhaló un prolongado y sonoro suspiro. La tormenta se alejaba. Quizá expulsada por ella misma. Tal vez por las fuerzas que luchaban en contra de su caos interior. Era el momento de abandonar aquel lugar, de dejar atrás parte de su pasado. Aquello ya formaba parte de su venganza. Se trataba del detonante que la llevaría a culminarla en su totalidad. Era el inicio del todo. Se trataba de las palabras

escritas por Einar en su diario: *Trata de llegar hasta el fondo del asunto a través de ella. Controla tus impulsos...*

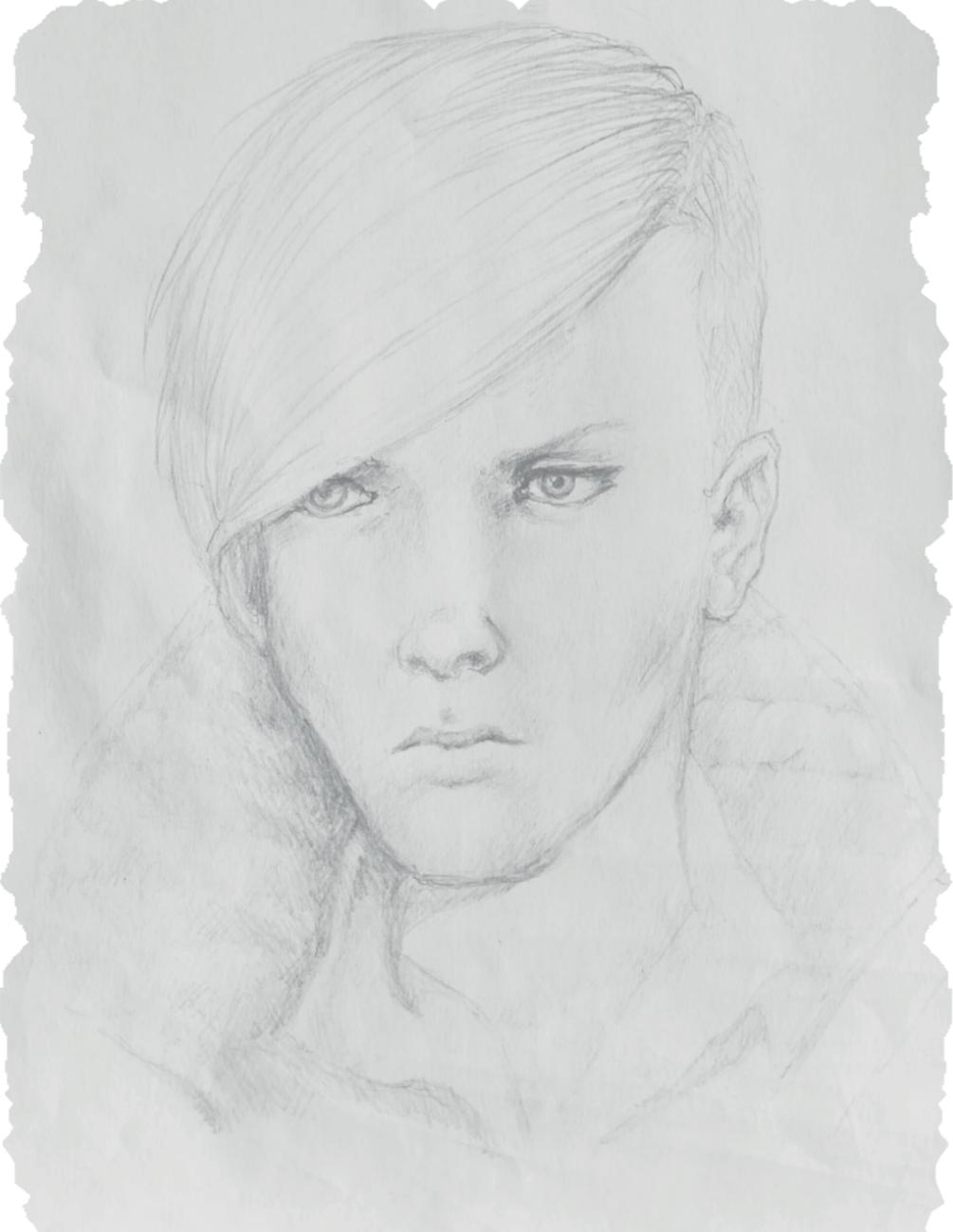
—No, no lo haré —se giró y enfundó la espada en la espalda. No estaba dispuesta a mancharse las manos con lo que sospechaba que se gestaba en su vientre. Descubrió que un asaru no era sólo caos y destrucción, que su caos y su vertiente destructiva podían convivir envueltos por un velo de equilibrio, por muy precario que fuese. Aunque, quizá, otros pensarían que dar sufrimiento a alguien carecía de equilibrio alguno. Si los tuviera enfrente, se reiría con inusitado descaro en todas sus caras—. Es la compasión la que detiene mi espada —arrastró cada una de las palabras con tono sibilante, rayano con el más despiadado de los desdenes—. Son tus berridos los que han hecho que me apiade de ti.

Cuenta la leyenda que cuando la Diosa Oscura Xuniom está en su plenitud se oye el susurro de una tonada. Una melodía lúgubre que recorre las calles de Bofembur como el canto de una sirena... colmada de lamentos.

Cuenta la leyenda que, taimada y ladina, susurra en los oídos de los asesinos que esperan ocultos en las sombras la llamada a saciar su sed de sangre, la sed de satisfacer sus instintos más sangrientos. Y ellos, como ofrenda, le regalarán la sangre derramada.

Porque en cada calle, en cada recoveco, en cada adoquín de la Ciudad de Asesinos, la Dama Oscura puede presumir orgullosa de los incontables homenajes de sangre y asesinato dedicados por sus fieles adeptos.

*(Versión de cántico a las lunas
dedicado a Xuniom por los asesinos de Bofembur)*



PARTE 1

Capítulo I

Tyranya.

Bofembur. Ciudad de Asesinos, año 1615.

Las tres lunas en perfecto alineamiento se hallaban en su plenilunio. Perforaban la insondable negrura del firmamento dando la sensación de que alguien las había dispuesto así. Parecían encantadas, como si se hubiera lanzado un hechizo sobre ellas. Brillaban con una luz singular, como si el fulgor azulado que emitían perteneciera a un mundo mágico de fantasía.

Las ruedas del carruaje que avanzaba con un constante cabeceo rompían la imagen reflejada del agua de los charcos acumulados en el adoquinado de la avenida de los Canales tras el profuso aguacero que habían dejado las nubes. Los cascos del caballo de tiro chacoloteaban con estrepitoso eco por las estrechas callejas de edificios de oscura piedra que se erigían altos, amontonados como enormes librerías en las que reinaba cierto caos, y con el aspecto herrumbroso que lucían los barrios bajos de Bofembur, también llamada Ciudad de Asesinos. Llegada la medianoche se hallaba vacía y húmeda, silenciosa. Como si se tratara de un toque de queda, todo el mundo se retiraba; bien a la seguridad de sus hogares, o bien a las profundidades de la ciudad, pues nadie estaba dispuesto a ser atravesado por un cuchillo en la oscuridad. De ahí que fueran muy pocos los intrépidos o descuidados que permanecían vagando por las funestas calles a esas horas.

El carruaje se detuvo, y el carretero dio un par de golpes con el codo sobre el habitáculo para avisar a su cliente de que había llegado a su destino. De inmediato, una figura delgada, vestida de negro y de pelo gris ceniza, asomó desde el interior abriendo la puerta de forma abrupta. Miró al cielo. Por encima de las torres de una gran catedral había un cerco de nubes purpúreas en torno a las tres lunas. La luz otorgaba a su cabello un aspecto ceniciento azulado.

Ella las contempló unos instantes y se dijo: *La muerte ha encontrado víctimas esta noche.* Su cuerpo aún seguía en

tensión por lo acontecido pocas horas antes. Después miró las gárgolas de piedra en las fachadas vomitando por sus bocas un continuo torrente de agua. Aquello le pareció un augurio. Sintió una terrible ansiedad, ya que era incapaz de discernir hasta qué punto había actuado de forma correcta o atroz. Echándose la capucha de la capa por encima para protegerse de las escasas gotas que aún caían saltó al adoquinado.

—Hasta luego, niña —pronunció el carretero con timbre paternal—. Y cámbiate esa ropa empapada no sea que te constipes.

—Gracias por traerme —se despidió ella con un gesto de mano—. La próxima vez que nos veamos te traeré más bazofia de esa que fumas.

—Ja, ja —tronó el carretero—. Eso estaría bien —atizó las riendas y estas chascaron.

La joven se introdujo en un angosto callejón entre dos desvencijados edificios y desapareció. Sus botas taconearon a toda prisa en la oscuridad durante la bajada de una estrecha y larga escalera. Como era habitual, por la esquina emergía una débil luz ambarina que iluminaba el hueco de la escalera. Se encontró con la puerta entreabierta, como siempre.

De manera silenciosa irrumpió en una estancia. Las llamas de unas velas oscilaron, siendo inundado su olfato por la mezcla de olor a humedad, menta y acre que el sótano desprendía. Ante sus oscuros ojos, una figura con la cabeza gacha sobre una mesa ojeaba unos pergaminos con ilustraciones y caligrafía angulosa, extendidos de manera caótica. Al alcance de las manos tenía herramientas raras y complejas. En escudillas había polvos de diversas sustancias, hierbas disecadas y hojas de plantas. A su derecha, sobre una mesa, un alambique de latón destilaba una sustancia volátil, y varios frascos vacíos permanecían a la espera de ser rellenados y etiquetados. Las estanterías dispuestas por todo el laboratorio contenían animales muertos y momificados, frascos con bálsamos, elixires y esencias y otro tipo de sustancias de compleja definición. Se podían distinguir vasijas de formas extrañas, pomas, redomas, intrincados cofrecillos y minerales raros y poco comunes entre otras cosas. Grandes y pesados tomos de cubiertas en piel y labradas protecciones metálicas

amenazaban con partir las baldas en cualquier momento. Pero ella ya estaba familiarizada con todo aquello.

La joven apoyó un hombro en el marco de la puerta y se cruzó de brazos y pies. Había llegado el momento de la verdad, y sintió miedo de que su pequeño secreto fuese descubierto.

Un quemador de cristal con líquido altamente inflamable chisporroteaba.

—Tendrías que trabajar menos, viejo —pasó varias veces un dedo índice por su nariz respingona, como si esperara impaciente una respuesta—. ¿En qué cachivache andas ahora?

—Llegas tarde —fue la áspera bienvenida con voz ronca del anciano decrepito y de rostro marcado por quemaduras. Apenas levantó la cabeza de los manuscritos, le echó una fugaz mirada por encima de los quevedos arrugando las ya asurcadas comisuras de los ojos—. ¿Quieres contarme a qué es debido tanto retraso? —su voz denotaba agotamiento.

La joven dejó caer los brazos y se encaminó sin prisa hacia el alquimista. Este volvió a levantar la mirada una vez la tuvo al otro lado de la mesa, la bajó, y siguió con lo suyo, indiferente. La joven cogió una bolsa de piel del cinto y la depositó en la superficie de la mesa, a la altura de sus ojos.

Cruzó otra vez los brazos.

—Había niños —replicó. Las palabras rasposas contenían un claro desdén.

—Me temo que esa no es una respuesta válida o argumentativa —repuso él con actitud apática. Amontonó con meticulosidad los desordenados manuscritos de fórmulas, cálculos y diseños esturreados encima de la mesa. Luego cogió la bolsa y comenzó a deshacer el nudo.

La joven soltó un prolongado suspiro. Chistó con la boca denotando su creciente fastidio.

—Eran niños pequeños, Argail.

—Y por tu tono de voz... he de suponer que estás enfadada. ¿Me equivoco, Alys?

Alys espiró un largo y sonoro suspiro.

—Si me hubieras avisado...

—Oh, claro —la interrumpió Argail, sosegado—. Y de paso, haberte guiado cogida de la mano como el buen padre

que lleva a su pequeña de paseo para mostrarle un mundo multicolor.

El quemador de cristal chisporroteaba.

—Lo que menos necesito ahora mismo es de tu estúpido y rancio sarcasmo.

—Ja —levantó la mirada y se ajustó los quevedos en el ballete de la nariz con un dedo. Frunció los cansados ojos—. Me encanta contemplarte cuando estás cabreada. No eres consciente de ese... ese encanto tan peculiar que posees. ¿Sabes? Las cosas cuando son innatas poseen una belleza sobrecogedora —cuando Argail hubo separado el cuello de la bolsa introdujo una mano en ella y sacó un dedo anular. Comenzaba a coger un aspecto cárdeno, y tenía un sello de oro con un enorme pedrusco rojo de superficie pulimentada. Retiró el anillo del dedo y arrojó este a una cubeta. Luego examinó el anillo con quirúrgica meticulosidad. En el interior había grabada una filigraneada F elaborada por una serie de intrincados caracoleos. El alquimista puso labios de pez y asintió. Depositó el anillo en la mesa y miró a la chica, satisfecho—. Alys, hiciste lo que debía hacerse y punto. No te atormentes. Si te sirve de consuelo, créeme que entiendo el dolor que sientes ahora mismo. Sin embargo...

—No, no tienes ni idea —replicó Alys, la voz enronquecida. Le rodaban lágrimas por las mejillas y apretaba los dientes con rabia—. Viejo egoísta...

Argail se retrepó en el asiento y entrelazó las manos sobre el vientre, irguió la cabeza.

—Está bien, desahógate. Sí, hazlo. Lloro cuanto necesites. Cuando hayas soltado toda la rabia, frustración e impotencia que llevas dentro, empezarás a pensar con lucidez. Di cuanto quieras. Te escucho.

Alys sollozó y limpió las lágrimas de su pálido rostro con la manga en un rápido gesto. Sorbió. Esperó para que la voz sonara firme.

El quemador de cristal chisporroteaba.

—¿Cuándo te volviste tan cruel y desalmado? —sorbó otra vez—. ¿Cómo pudiste enviarme a eliminar una familia tan extensa al completo? De entre tantas personas lo más probable es

que hubiera inocentes. Juro que nunca te perdonaré la forma en la que has hecho que manche mis manos. Has conseguido que mi aversión hacia ti sea proporcional al odio. Debería acabar aquí y ahora mismo, en este mismo instante, con tu vida, borrando así esa petulante y arrogante expresión.

—Ajá —Argail se retiró los quevedos. Vertió unas gotas del compuesto de una probeta que sisearon al tocar el suelo. Un ratón corrió a indagar, rodó y pataleó boca arriba, al instante quedó fulminado, laxo—. Está bien que en ti haya odio.

—Mi odio es sólo hacia ti.

—Bueno, por algo hay que empezar. Qué más da a quién odies siempre y cuando halles en tu interior el odio —Argail sacudió la cabeza despacio—. Piensas que es personal el haber eliminado a esa familia noble, que es algo mío. Mira, Alys —el alquimista se levantó de su silla y se aproximó a ella. Le cogió las manos y las envolvió con las suyas, cuya piel tenía aspecto apergaminado y podía distinguirse unas profundas cicatrices de quemaduras—. No pretendo que ahora mismo lo entiendas, sé que esta misión ha sido dura para ti. Sé que esta noche no conciliarás el sueño y que en tu mente únicamente aumentará el resentimiento... No obstante, golondrina, eliminar a los ignominiosos Fitzzer era algo de acuciante necesidad.

—Sí... —rezongó mostrando todo su sarcasmo—, resulta que ahora nuestra prioridad ha pasado de forma repentina a acabar con inocentes. Ahora matamos a niños inocentes y ajenos a todo lo que acontece en el mundo.

—Te equivocas, Alys. Estás confusa.

—No me digas que me equivoco porque ha sido así —Alys asentía frunciendo los labios—. Sí, es así y la asesina he sido yo. No hay confusión posible.

—¡Pues sí! —repuso Argail algo turbado—. Al fin y al cabo, tú decidiste, fuiste tú quien tomó la última decisión. Tú y sólo tú tenías la potestad de decidir qué hacer, si convertirte en una asesina o no convertirte... en nada —las últimas palabras las pronunció casi en un hilo de voz. Frunció el ceño y se recompu-so—. Si convertirte en una cazadora o seguir siendo una presa. Y ése fue el riesgo, sólo tuyo, tu recién contraído compromiso. Así que ¡deja de comportarte como una niñata irracional! A

veces, golondrina, hay que ser consecuente con las decisiones que tomamos y, en este caso fuiste tú, y sólo tú, la que tomó la decisión de asesinar a supuestos inocentes. A diferencia de lo que pienses o quieras creer, lo hecho, hecho está, y ya no existe la posibilidad de cambiarlo, ni siquiera de volver la vista atrás. Lo supiste en ese justo momento, sí, y pudiste decidir... darte media vuelta y marcharte... Así que no me vengas ahora con que no sabías que había niños y personas inocentes, no me vengas con monsergas cargadas de hipocresías y fundamentos vacuos, déjate de discursos pesados y repetitivos. Porque tú, golondrina, eres lo suficiente lista, inteligente y racional como para usar el sentido común y decidir por ti misma. Se te ha instruido y preparado para ello. Y créeme que si no considerara que estás preparada, no habría seguido adelante con el programa. Para conseguir fines hay que apostar medios, y hay que sacrificar cosas; es sencillamente una regla de la vida. Y hoy, golondrina, has dado un paso muy importante en ella, has dado un gran e inexorable paso para convertirte en lo que en el fondo quieres, aunque todavía no lo sepas —Argail cogió aire y suspiró atusando su desaliñada barba gris como la plata—. Entiendo que ahora mismo te cueste..., te resistas a entenderlo. Pero sé que en un futuro lo comprenderás, y descubrirás que el acto de hoy sólo fue el puente que se expandió en tu camino para conseguir lo que verdaderamente anhelas.

—¡Maldito seas! ¡Eran niños! ¡Inocentes! ¡No tenían culpa de nada!

—¿Ah, sí? —ronroneó Argail—. No sabes nada, golondrina, aún no... Aún no. Escúchame, Alys —la asió de la barbilla y la miró con ojos compasivos—. Esa gente era una familia noble que hacía negocios turbios, que cometían actos perversos, y de intereses muy largos de argumentar, desde hacía varias generaciones. Esos niños, en lugar de emanciparse, habrían crecido bajo la tutela de esa familia, habrían terminado convirtiéndose en los mismos asesinos que anteriormente se habían convertido sus predecesores, y antes de sus padres los padres de estos. Esos niños en unos años hubieran sido perversos, unos asesinos despiadados por seguir prevaleciendo en la nobleza, es decir, en el mundo que los rodea, un mundo de lujos y

abundancia del que no estarían dispuestos a renunciar jamás, y que es muy diferente al que tú y yo conocemos. Créeme, golondrina, no te estoy mintiendo. Si algo he intentado desde el día que te vi por primera vez, es protegerte. En ti encontré un motivo para continuar mi tortuoso camino en la vida. ¿Qué es sino la confección del plan puesto en marcha desde hace años? ¿En qué consiste sino todo su proceso, tu preparación, Alys? — Argail escudriñó durante unos segundos sus ojos grises como la ceniza—. Dime que lo entiendes, golondrina.

Alys asintió, sin apartar la mirada de las pupilas celestes de aspecto difuminado de Argail.

El quemador de cristal chisporroteaba.

—Lo entiendo. Es sólo que... no termino de asimilarlo.

—Lo harás, lo harás. Bien sabes que eres una cazadora. Una silenciosa golondrina en la noche. Cazar es tu forma de vida, y cazando llevas todo este tiempo, tiempo que llevas dedicado a un objetivo, un objetivo que debes ejecutar sin desfallecer para perpetuar así... tu venganza —Alys asintió dando su conformidad. Argail apoyó sus manos sobre los hombros de la muchacha—. Ahora, dime, ¿qué método de entre los que te di a elegir has usado?

—Los he envenenado mientras cenaban —su voz carecía de emoción alguna.

Argail no contestó de inmediato, se dio la vuelta y volvió a sentarse en su silla.

—¿Cómo? —preguntó al cabo.

—Vapor de ácido clorhídrico.

Argail estuvo a punto de enarcar una sonrisa de satisfacción. Satisfacción por ver que todos sus años de dedicación y duras enseñanzas empezaban a dar sus frutos. En lugar de sonreír optó por asentir serio.

—Un método no muy ortodoxo desde mi forma de ver las cosas, algunos incluso dirían que... bajo, inevitable pensar que abyecto. Sin embargo, golondrina, dadas las circunstancias, no me queda más remedio que reconocer que es un método inteligente, muy eficaz y letal. Un método que minimiza los riesgos, sin duda alguna. Tienes mi enhorabuena —el alquimista calló unos instantes esperando una reacción de Alys que no

obtuvo—. Supongo que, tanto a la entrada como a la salida, tu paso por la mansión ha pasado desapercibido.

Alys asintió.

—Bien... ya estás preparada —Argail dejó entrever en su faz impertérrita lo que parecía una ligerísima sonrisa— para presentarte en el Nexo. Ahora estás preparada para lo que llevas deseando tanto tiempo, lo que llevas haciendo durante todo este tiempo. Definitivamente te has convertido en alguien letal. Los Templarios del Dragón Llameante necesitaban a una asesina como tú. Ha llegado el momento... Ahora eres una cazadora, golondrina mía.

—Godofredo no aprobará el asesinato de niños inocentes.

El quemador de cristal chisporroteaba.

Argail soltó una carcajada sonora y falsa.

—¡Vamos, Alys! ¿Tan ingenua eres? ¿De verdad crees que Godofredo no está al corriente de todo esto? Verás, niña, Godofredo es uno de los principales autores de la caída de esa familia de nobles. Godofredo es el arquitecto de otras muchas cosas más que desconoces y claro está, tampoco es necesario que sepas. Aún.

—¡No te creo! —replicó con rabia—. Godofredo es un Templario, un hombre de honor.

—¿Y qué necesidad tendría yo de mentirte, golondrina? Verás, el honor es sólo una encrucijada en la cual cada camino o elección está plagado de dificultades éticas o morales que... ni los más juiciosos son capaces de discernir cuál de las decisiones es la más correcta o que menos consecuencias va a acarrear en su inmediata causa y efecto. De todos modos, pregúntale a Godofredo en persona, a ver si sus ojos te disuaden de lo contrario.

—No dudes que le preguntaré.

—Que así sea —asintió despacio Argail—. Que así sea, golondrina.

Alys estaba convencida de que hasta ahora todo estaba yendo como lo había planeado. Otra de las cosas que le había enseñado su adiestramiento de asesina, sin duda, era actuar.

Carraspeó tras un largo silencio.

—Dime una cosa, Argail... Verás, mientras envenenaba a esos nobles, me asaltó una duda, la cual deriva en una pregunta

—el alquimista asintió sosteniéndole la mirada—. ¿Cómo fueron asesinados todos los miembros de mi estirpe y por qué?

Argail se tomó su tiempo, abrió —bajo llave— un cajón de la mesa. Sacó un pequeño frasco cuyo contenido era un líquido de verde intenso.

El quemador de cristal chisporroteaba.

—Tómate esto antes de irte a la cama. Mañana por la mañana te sentirás mejor y pensarás con más... transparencia. Después deberás concentrarte en el Nexo, en tu objetivo. No sabemos lo que el destino te deparará allí con exactitud.

Alys asintió frunciendo el ceño. No tenía intención de tomar aquella porquería. Conocía mejores formas de conciliar el sueño. Sólo era cuestión de descender al Pozo.

—¿Qué diablos es ese cacharro que estás fabricando?

—¿Esto? —Argail el alquimista frunció los ojos y una fina línea ladeada se dibujó en sus labios—. Esto es un arco de hueso de dragón. Sin duda creo que va a ser mi mejor obra. Sólo me quedan unos reajustes. Y Mañana, mi golondrina, te lo regalaré.

—¿Y las pócimas?

—Despreocúpate. Mañana estará todo dispuesto. Ahora vete a descansar. Mañana se inicia tu venganza.

Alys asintió. Bien... al parecer no había sospechado nada. *Ahora sólo me falta autoconvencerme de que a los críos les irá bien en la granja bajo la tutela de la Sepulturera* —se dijo.

Antes de cerrar la puerta del laboratorio miró por última vez a Argail. Seguía absorto en lo suyo. Cerró.

El quemador de cristal chisporroteaba.